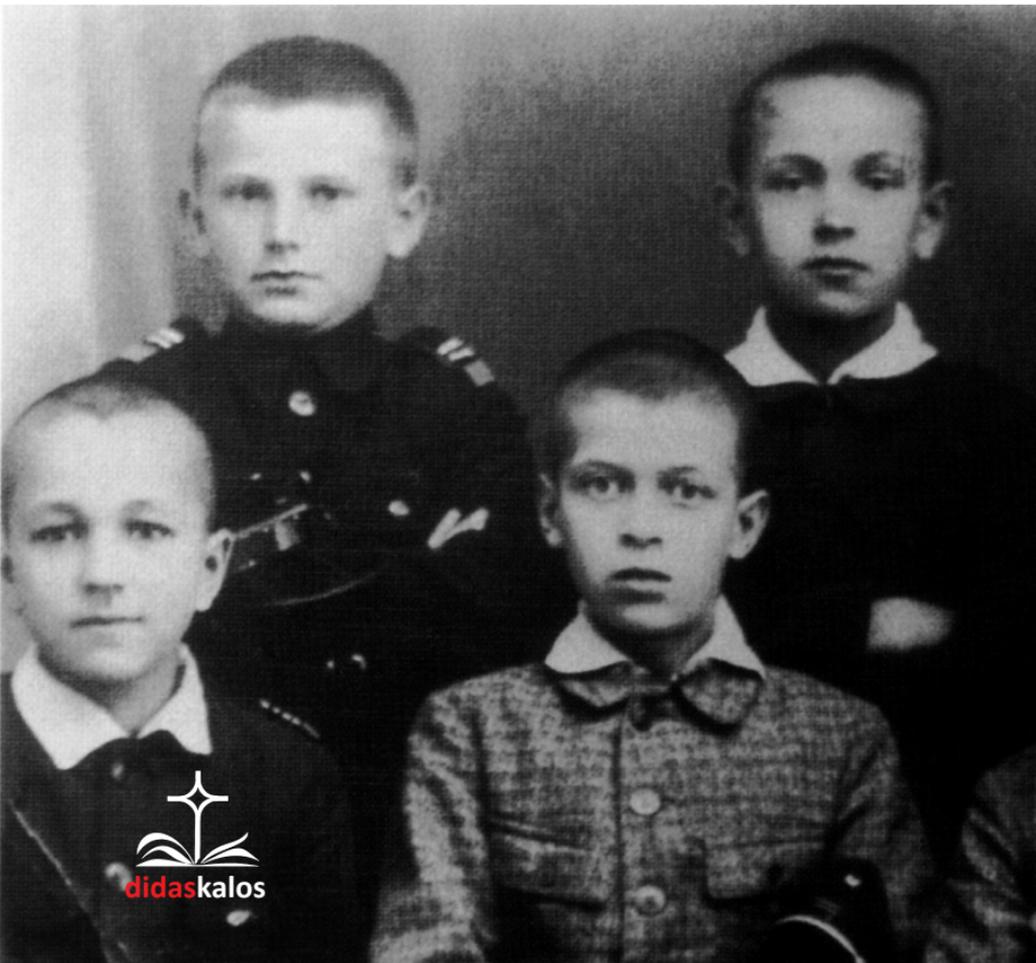


Gian Franco Svidercoschi

LOS AMIGOS DE LOLEK



GIAN FRANCO SVIDERCOSCHI

LOS AMIGOS DE LOLEK

Traducción de
ELENA SERRANO ORDOZGOITI

Revisión de
FELIPE CARMENA MARTÍNEZ



Ilustración de portada: Karol Josef Wojtyła (nacido el 18 de mayo de 1920),
10 años, en la Escuela Primaria 1930 , Kracov, Polonia

Primera edición: abril 2023

© Gian Franco Svidercoschi

Traducción: Elena Serrano Ordozgoiti

Revisión: Felipe Carmena Martínez

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-29244-2022

ISBN: 978-84-19431-02-8

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	7
<i>Juan de Dios Larrú</i>	
PRÓLOGO: HISTORIA DE UNA AMISTAD.	11
<i>Gian Franco Svidercoschi</i>	
CAP. I. ESE ÚLTIMO BAILE	15
CAP. II. “¡SON LOS NAZIS!”	25
CAP. III. ESCAPAR, PERO ¿ADÓNDE?	33
CAP. IV. LA MASACRE DE KATYN.	41
CAP. V. UN VIAJE INCREÍBLE	53
CAP. VI. ALEMANIA CONTRA RUSIA	63
CAP. VII. “QUIERO SER UN MINISTRO DE DIOS” . .	75
CAP. VIII. MORIR EN AUSCHWITZ	89
CAP. IX. LOS HÉROES DE MONTECASSINO	103
CAP. X. PERO, ¿ES LA VERDADERA PAZ?	119
CAP. XI. UNA NUEVA DIÁSPORA	135
CAP. XII. JUREK Y LOLEK.	149
CAP. XIII. EWA Y KURT.	161
EPÍLOGO. REENCONTRARSE... EN JERUSALÉN	169

Prólogo a la edición española

Gian Franco Svidercoschi, periodista y vaticanista italiano de origen polaco, fue amigo personal de San Juan Pablo II. De su amistad han brotado numerosas iniciativas: dos entrevistas personales, el guión de dos películas sobre Karol Wojtyła, colaboración en el libro *Don y misterio*, autor de varios libros sobre el santo Papa polaco. En 1993 escribió el libro *Carta a un amigo judío*, prologado en la edición española por Paloma Gómez Borrero. La editorial Didaskalos nos ofrece la traducción de este breve, pero enjundioso relato. El título, *Los amigos de Lolek*, apunta a la historia de una amistad que vivió en primera persona Karol Wojtyła. El libro se publica en vista a la Jornada

de la Memoria de la Soah, que se celebra anualmente el 27 de enero.

La historia nos narra, con fuertes trazos autobiográficos, la amistad de tres jóvenes judíos, Jerzy Kluger, Kurt Rosenberg y Ewa, la mujer cuyo apellido permanece anónimo, con Karol Wojtyła, llamado familiarmente por ellos con el apelativo de Lolek. El relato describe muy bien el ambiente polaco de los años 30, y muestra al inicio una relación amistosa normal entre estos cuatro jóvenes, compartiendo estudio, intereses, confidencias, proyectos llenos de entusiasmo y de futuro. Esta amistad, serena y dichosa, se verá amenazada seriamente por la ola de antisemitismo que provocará la ocupación nazi de Polonia. La guerra, el exilio, las deportaciones a los campos de exterminio... les sumirán en una tragedia que cambiará sus vidas para siempre.

La narración de la vida de estos jóvenes se transforma bruscamente en unos hilos que parecen deshilvanar su historia común. En efecto, durante casi treinta años se perderán de vista, y cada uno vivirá su propia aventura personal de supervivencia. Vivirán siempre con el recuerdo de una amistad que ahora han de vivir en una forzada soledad, cultivando el deseo de saber qué ha sido de sus respectivos amigos.

El reencuentro casual, primero en Roma y después en Jerusalén, pone fin a un larguísimo exilio, en el que se muestra que el poder de los vínculos afectivos es superior a todas las desgracias y tragedias que les han envuelto por tantas décadas. Un ligamen duradero e inescindible, que testimonia el poder y la fuerza de la amistad. En una sociedad líquida como la que habitamos, que promueve amistades de baja intensidad, es muy conveniente leer esta historia, en la que los protagonistas son puestos radicalmente a prueba, y donde los lazos que les unen se muestran más fuertes que los mecanismos de destrucción que les circundan.

Svidercoschi nos cuenta una historia del siglo pasado, pero que encierra un fuerte mensaje para la historia reciente de Europa. El libro adquiere una inesperada actualidad ante el conflicto de Ucrania que pone en peligro la unidad de Europa, y que abre la puerta a la amenaza de una nueva catástrofe mundial.

JUAN DE DIOS LARRÚ

Prólogo: Historia de una amistad

Lo que me gustaría narrar es sobre todo la historia de una amistad. Una amistad como tantas otras, que fluye serena y feliz, entre cuatro muchachos nacidos y crecidos en Polonia a principios del siglo XX. El futuro de los cuatro jóvenes veinteañeros —tres chicos y una chica— prometía ser largo y brillante hasta el día en que la oscuridad se abate sobre ellos. Es 1939, el comienzo de uno de los períodos más aterradores y sangrientos que haya atravesado la humanidad. La Segunda Guerra Mundial. La Shoah. Europa atormentada: primero por el nazismo, con sus campos de exterminio, y después el comunismo, con sus pogromos y gulags.

Los cuatro protagonistas de esta historia viven el drama de los hechos en su propia piel. Hasta el punto de que la historia de sus problemas, incluso en su microcosmos, se convierte en un paradigma de la catástrofe que habría golpeado en poco tiempo a Europa.

Al principio, el destino de estos personajes parece alejarse y seguir diferentes caminos, cada vez más distantes; solo al final —como si todo ya hubiera sido escrito— se cruzan de nuevo. Pensaron que estaban todos muertos y, en cambio, ¡se redescubren vivos! Y el deseo de volver a encontrarse, incluso después de décadas, está más ardiente que nunca.

Su amistad resulta ser más fuerte que un lazo de sangre, más fuerte que una paz de posguerra, nacida ya frágil, e incluso dividiendo. Un vínculo duradero e inseparable. ¡Una historia extraordinaria! Tan poderosa como una novela, tan histórica como verdadera. De su intensidad emocional y evocadora se libera un valor cargado de testimonio, que espero pueda servir de inspiración para todos nosotros, no solo en referencia a un pasado que no se debe olvidar, sino también a un presente en el que antiguas y nuevas violencias, antiguas y nuevas intolerancias parecen volver

en cada tipo de relación, entre personas, pueblos y naciones.

En definitiva, una historia que resulta de una actualidad impresionante por ser emblema de hermandad: esa hermandad, que también se puede percibir entre hombres y mujeres de diferentes religiones. Estos son los nombres de los cuatro amigos: Jurek y Lolek son los nombres cariñosos con los que se conocía a Jerzy, Jerzy Kluger, y a Karol, Karol Wojtyła; y luego, está Kurt, Kurt Rosenberg, y está Ewa, cuyo apellido ha permanecido desconocido.

¡Ay! Estaba a punto de olvidarme, tres judíos y un católico. He dicho todo lo que me parece importante y conveniente decir, antes de empezar a contar esta aventura.

GIAN FRANCO SVIDERCOSCHI

CAPÍTULO I

Ese último baile

Polonia, 1939. En Wadowice —un pequeño pueblo a sesenta kilómetros de Cracovia con mucha historia y una rica vida cultural— es uno de los últimos días de la primavera. El corazón palpitante del centro normalmente es el Rynek, la plaza del mercado, rebosante de puestos y llena de gente que se agolpa caminando antes del anochecer.

Hoy, sin embargo, la verdadera fiesta está en el Kasyno Urzednicze, el club de funcionarios estatales, uno de los lugares más elegantes de la ciudad, donde, cada año, se celebra el Komers, el baile de promoción del examen final de los estudios masculinos y femeninos. Muchos de ellos, en un par de meses, comenzarán a asistir a las universidades más prestigiosas

del país. También desde aquí, desde Wadowice, un vestigio de la Polonia del mañana...

En el horizonte europeo se acumulan desde hace tiempo nubes oscuras, bajas y cargadas de tormentas. El nazismo se está volviendo cada vez más amenazador. Hitler repite obsesivamente que lo que le interesa es el corredor de Gdansk por su importancia estratégica. Sin embargo, basta haber leído algunos capítulos de *Mein Kampf* para comprender lo que tiene en mente cuando habla de un “nuevo territorio en Europa”: significa apoderarse del petróleo rumano y del trigo ucraniano, solo para golpear a Rusia y dominar Europa del Este. A pesar del creciente terror, que se extiende cada día más entre la población, parece que el tiempo se ha detenido. También en Polonia, que debería ser la nación más en riesgo, la vida diaria continúa con el ritmo y los hábitos de siempre.

Los muchachos llegan en grupo a Kasyno Urzedni Cze y, manteniéndose siempre en grupo, permanecen un poco a distancia. Las chicas invitaron a sus amigos mayores, oficiales y abogados. Suena el grupo de música Goldberg, muy conocido en la zona. Comienzan con canciones y bailes polacos. Las chicas bailan con sus invitados; mientras los

estudiantes, un poco aburridos y malhumorados, se sientan a beber vodka y a engullir bollería.

— ¿Pero por qué están bailando con ellos?

— ¿No entiendes? Todavía nos consideran muchachitos.

— Además, quien viste el uniforme o domina las leyes es ya un buen partido, ¿verdad?

Jurek, Lolek y Kurt permanecen en un rincón susurrando entre ellos. Lolek, en un momento, espetta:

— No me lo creo. ¿Cómo es posible?

— ¡Te digo que ha sido así! —insiste Jurek— Como soy judío, no me permitieron trabajar en el campus. Por eso, no pude ir al colegio para aspirantes oficiales. Y, por tanto, ni siquiera a la universidad.

— ¿Y entonces?

— Entonces, a través de un hombre importante que sabía que mi familia se mudó, pude inscribirme en el Politécnico de Varsovia, para cursos de ingeniería, pero si no hubiera sido por ese apoyo tan fuerte...

— ¿Y qué hay de ti, Kurt?

— Extraño, pero yo no he tenido ningún problema...

— Tal vez porque no tuviste que inscribirte en Varsovia... — Mientras habla, Jurek frunce el ceño a los dos compañeros de clase antisemitas, Zmuda y Poliwka, que están al otro lado del pasillo. — ¡Pero ves a esos criminales!

— Jurek, déjalos en paz... — suspira Lolek.

— ¿Pero no recuerdas cómo se comportaron en clase? Además, estoy seguro de que ellos también formaban parte de los grupos Owszem: eran aquellos que boicotearon las tiendas y oficinas judías. Querían impedir que los católicos las frecuntaran.

— Esto es verdad. Después de la muerte de José Pilsudski, se ha vuelto a extender cierto antisemitismo. Pero no en Wadowice, no por parte nuestra.

— ¿No en Wadowice? ¿De qué estás hablando? ¿Y lo que le hicieron a mi padre?

— ¿Al abogado Kluger? — preguntó Kurt.

— A mi padre, sí. A mi padre se le ordenó añadir en la placa fuera del estudio al nombre polaco, Wilhelm, el nombre judío, bíblico, Zev, “Lobo”...

— No lo sabía.

— Pero ha sido por poco tiempo — dice Lolek para intentar calmar los ánimos — ¡Jurek, detente! Además, ahora no los verás más. Irás a Varsovia. Empieza para ti otra vida ¿Pero te das cuenta? Estábamos juntos en clase, desde primer grado, ¿y ahora? Tú en Varsovia y yo en Cracovia... — Con esas palabras, Jurek se calma. Cambia la expresión, sus ojos se vuelven dulces.

— ¿Sabes, Lolek? Recuerdo, como si fuera hoy, ese primer día de clase. La señora Emilia te tenía cogido de la mano...

— Mamá ya estaba enferma, pero había querido acompañarme a pesar de todo...

— ¿Qué pasó con el capitán? Todos tenían mucho respeto por él; lo seguían llamando así, incluso aunque ya no estaba en el ejército. Tenía bigote, ¿no? Y fue tal vez el bigote, esa mañana, lo que le confirió una mirada tan severa...

— Tenía un gran sentido del deber. Mientras nos acercábamos a la escuela, me repetía: “¡Tienes que portarte bien! Escúchame, ¡tienes que portarte bien!”.

Para romper el hilo de esos recuerdos, ya imbuídos de tanta emoción, se cambia el repertorio musical. Después de los bailes tradicionales polacos, la banda de Goldberg empieza a tocar valsés, tango, fox-trot, slow fox. Se ve que las muchachas saben bailar; mientras que muchos de los estudiantes se mueven avergonzados, un poco torpes.

Se acercan a los tres chicos Halina y Ewa. Aquella, que es compañera de teatro de Lolek, lo invita a bailar. Es un baile lento, y se las arreglan para hablar.

— Entonces, Lolek, ¿te has decidido?

— Sí. Mi padre ha pensado que lo mejor es mudarse a Cracovia. Imposible para mí hacer ida y vuelta todos los días.

— ¿Pero, y la casa? — pregunta Halina.

— Hemos encontrado algo. No es mucho, una especie de sótano. Pero tiene la ventaja que no está lejos de la Universidad Jagellónica. Ya tengo solicitado matricularme en cursos de filosofía y literatura.

— Mis padres también están pensando lo mismo, irnos todos allí. Y de todos modos, nos veremos en Cracovia, en la universidad. Y seguiremos con el teatro, ¿verdad?

— Por cierto, Halina, ¿lo sabes? En Cracovia, dentro de unas semanas también vendrá Kotlarczyk.

— ¿Tu amigo el director?

— Sí, Mieczyslaw. Me habló de una nueva forma teatral, el teatro rapsódico. Es cosa suya. Un teatro de profundidad interior, de palabra viva.

Mientras tanto, Kurt le presenta a Ewa a Jurek.

— ¿Pero no la conoces? Es amiga de Tesia.

— ¿De Tesia? ¿No me digas que también juegas al tenis con mi hermana?

— Ni lo intento, es demasiado fuerte. Te gana también a ti.

— Pero eso no es cierto... Bueno, eso es... ¿Quién te lo dijo?

— Tengo mis fuentes.

Después del baile, Lolek y Halina se reincorporan. La chica está encantada con la velada.

— ¡Una fiesta bonita! Y tú, Kurt, ¿a qué universidad irás?

— En Leópolis, al Politécnico de Leópolis ...

— He estado allí, es una ciudad hermosa, especialmente cuando la ves desde arriba, desde el Castillo Staroselsky. Todas esas cúpulas verdes de las iglesias, esas calles tan anchas, tan ordenadas, y el Ploscha Rynok, la plaza del Mercado. ¡Estupendo! realmente una magnífica ciudad!

— Ha sido ocupada por muchos — recuerda Lolek. — Aun así, Lviv logró mantener lo bueno unido y la belleza de las distintas dominaciones.

— ¿Quieres decir que nosotros los polacos hemos sido demasiados y estamos ocupando la ciudad como invasores?

— Bueno, si quieres releer un poco la historia — dice Jurek.

Como si no pudiera soportar ese argumento, Kurt interviene bruscamente. Ahora tiene un tono de voz diferente, muy duro:

— En agosto nos mudamos a Leópolis, toda la familia. Está la amenaza de los alemanes, y para la gente como nosotros, ciertamente no será una vida fácil. Además, mi padre es capitán del ejército, y el general Sikorski seguramente necesitará hombres que sepan mandar...

— No sé de mi padre, — contesta Ewa sin ocultar su malestar — pero creo que nosotros también iremos a Leópolis. Tenemos parientes y muchos amigos en la comunidad judía. Estaremos más seguros allí que aquí. Mi madre tiene miedo. Dice siempre que no es cierto que los nazis dejarán a las mujeres en paz”.

Las dos chicas se miran. Serias. Preocupadas. Y, con solo un “adiós”, el grupo se separa. Ya nadie quiere hablar, solo por no confesar el sentimiento de miedo. Es noche profunda. Un cielo sin estrellas. La oscuridad parece tener que durar indefinidamente.

Todo empieza de madrugada, a las 4:49 del 1 de septiembre de 1939, cuando los cinco ejércitos de la Wehrmacht invaden el territorio polaco. Más de un millón de hombres, 2.650 tanques y en el cielo 2.000 aviones de la Luftwaffe. Es el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La noticia del pacto Ribbentrop-Molotov firmado entre el Reich alemán y Rusia, un acuerdo de “no agresión” entre ambas potencias, aún no se ha difundido; pero con el pacto, en secreto, existe un protocolo, en el cual se establece la división de la nación polaca en dos “esferas de influencia”.

Una espesa niebla envuelve el pueblo. Se puede ver solo una señal de tráfico, que indica Gorzów

Wielkopolski. Una larga fila de tanques, que acaba de cruzar la frontera Alemana-Polaca, avanza lentamente. Un Panzer III se desplaza, seguido de los demás, por una calle estrecha, hasta desembocar en una pequeña plaza. Hay una iglesia, y, asustadas por el estruendo, unas ancianas, todas vestidas de negro, miran desde la puerta central. El cañón se agacha, señala a las mujeres, pero parece vacilar. El soldado alemán, medio fuera de la torreta, mirando dentro grita: “¡Dispara!”. Alguien desde abajo parece decirle algo, y él: “¡Te lo ordeno! ¡Dispara!”. El cañón explota su carga de fuego, pero al final parece que el tiro ha sido desviado hacia arriba y derriba la mitad de la fachada de la iglesia. Las mujeres ahora están en el suelo, gritan, se quejan, algunas están heridas, pero siguen vivas. Y el militar dice al de abajo: “¡Imbécil! ¡Adelante! ¡Vamos adelante!”. Polonia aún no sabe que ha sido invadida.

Cuatro amigos, compañeros de estudios —tres judíos y un católico— se ven obligados a separarse cuando las tropas nazis invaden Polonia. Los cuatro chicos superan la violencia, el luto familiar, las deportaciones a los campos de Stalin y Hitler, pero increíblemente sus destinos se cruzan de nuevo: pensaron que estaban todos muertos y se reencuentran vivos.

La historia de una amistad no contada, que sobrevivió a los horrores de la guerra, reencontrada cincuenta años después en la ciudad de la paz. La historia inédita de los tres compañeros judíos reencontrados por Karol Wojtyła en el *Muro de las Lamentaciones*. Un vínculo más fuerte que la sangre, que sobrevivió a los horrores de los gulags y la Shoá.

Una historia que ha dado la vuelta al mundo y que, por primera vez, es narrada de principio a fin. Dos judíos, una judía y un católico en Polonia a lo largo de los años treinta: Jerzy Kluger, Kurt Rosenberg, Ewa, cuyo apellido permaneció desconocido, y Lolek, el sobrenombre de Karol Wojtyła, católico, destinado a ser sacerdote, luego obispo y finalmente papa de la iglesia católica. Al principio, una simple relación: los estudios, la escuela, las confidencias y proyectos para el futuro, los profesores, los amores, las simpatías y las aversiones de cuatro muchachos normales. Una amistad como tantas otras. Después la ola dramática del antisemitismo, la ocupación nazi, los pogromos de Stalin, la guerra y las deportaciones a los gulags y a los campos de exterminio cambiarán su vida para siempre. Los cuatro amigos se pierden de vista durante casi treinta años, reencontrándose por casualidad en Roma y, finalmente, en Jerusalén. La pluma refinada del vaticanista Gian Franco Svidercoschi, autor del bestseller *Una vida con Karol*, reconstruye en sus pasajes más cruciales y conmovedores una historia extraordinaria que se convierte en emblema de uno de los momentos históricos más trágicos del siglo pasado, revelándose de asombrosa actualidad.

